

JOSU LORENZO GRILLI



# BAJO NUESTRA PIEL

CROSS  
BOOKS

JOSU LORENZO GRILLI

BAJO  
NUESTRA  
PIEL



Crossbooks  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Josu Lorenzo Grilli, 2018  
© Editorial Planeta S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: marzo de 2018  
ISBN: 978-84-08-18248-1  
Depósito legal: B. 2.668-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

Caminar de noche por aquella carretera no era algo habitual. Pocos se atrevían a conducir por la Old Road teniendo la nueva autovía a tan solo unos metros. El aire olía a mojado, se respiraba tranquilidad. Pero ella estaba nerviosa.

Cuando despertó sobre aquel lecho de hojas, no sabía dónde estaba. Fue abrir los ojos y sentirse perdida. Tenía una rama enredada en el pelo y la pierna derecha llena de arañazos. La camiseta estaba manchada de barro. Al cabo de un rato se dio cuenta de que se encontraba en el bosque que separaba Rock Valley del pueblo más cercano al norte. Por suerte, su casa no quedaba lejos de allí.

No tenía el móvil consigo y estaba algo desubicada. Poco a poco, la carretera fue transformándose en una ruta que le era más conocida. Quedaban apenas unos metros para ver las primeras viviendas. Estaría en su cama en cuestión de minutos. Necesitaba dormir, aunque sabía que no iba a poder. Desde luego, no así.

Durante años había evitado esa situación. Ni siquiera sus mejores amigas lo sabían. No hablaba de ello con sus padres; ellos simplemente pagaban el psiquiatra, las pastillas y listo. Pero, en teoría, Jocelyn estaba recuperada. Su último episodio

había sido... No, era imposible recordarlo. Había pasado demasiado tiempo.

Sus piernas se movían solas. Su mente estaba demasiado ocupada pensando en los motivos que la habían llevado a estar tan estresada, tan nerviosa como para hacer cosas de las que luego se olvidaría. Recordaba estar en su habitación, tumbada en la cama, viendo una serie en Netflix. Pero luego nada. Ni siquiera tenía un problema con sus padres en aquel momento. No le encontraba una explicación lógica.

Ni a eso ni a la energía negativa que cada vez más a menudo se apoderaba de ella. Malos pensamientos que le hacían comportarse o reaccionar de un modo que no le gustaba nada. Eso la dejaba muy triste, desconcertada.

Llegó a casa. Estaba sola, como casi siempre. No se miró en el espejo de la entrada y pasó de largo por la puerta de su habitación. Se dirigió directa al baño, aunque se detuvo antes de llegar. Algo brillaba, lo había visto con el rabillo del ojo. Un reflejo de luz.

Se volvió hacia la derecha y confirmó su sospecha: su habitación estaba siendo iluminada. La luz provenía de su teléfono móvil, que alumbraba toda la estancia desde el centro de la cama. A esas horas solo podía tratarse de sus amigas.

Lo cogió mientras tragaba saliva. Decenas de mensajes y llamadas. Era Catherine, por lo visto necesitaba su ayuda.

—Joder —dijo Jocelyn molesta. Lanzó con fuerza el móvil sobre la cama.

Le iba a ser imposible estar bien sin que sus amigas dudaran de ella, y tendría que hacer un esfuerzo extra si quería mantener su secreto. Se llevó la mano al pecho para ver si su corazón seguía tan acelerado como antes.

Ahí estaba. Normal, sin sobresaltos. Respiró tranquila y cerró los ojos para acompañar el suspiro. Tan solo quería un momento de calma antes de pasar a buscar a Maiah.

Fue únicamente un segundo, pero estuvo segura de que en la negrura de sus párpados había visto la mirada de un chico. Decidió ignorarlo y darse una ducha. Ese día no estaba para tonterías.

Catherine dejó el móvil sobre su cama y se puso a llorar. La llamada había durado apenas unos minutos, aunque le habían parecido horas. Horas llenas de rabia contenida. Durante ese tiempo, pese a haber estado pegada al teléfono sin hacer nada más que escuchar, la voz del otro lado de la línea no le parecía real. No daba crédito.

Negar que las cosas fueran mal era engañarse a sí misma, porque llevaban sin funcionar un tiempo. Sin embargo, jamás habría hecho algo tan insensible como lo que Nathan le acababa de hacer. Y muchísimo menos a través de una llamada telefónica. ¿Tan poco significaban esos dos años de relación para él? La cosa no se iba a quedar ahí. Catherine estaba dispuesta a demostrarle que podría vivir sin él, ya que era la excusa que él no paraba de ponerle.

—No te he dejado antes porque te imaginaba sola y...  
—repitió Catherine, entre lágrimas, burlándose de Nathan—.  
¡Gilipollas!

Estaba muy enfadada con él por haberle dicho frases así. Desde el principio de su relación había tratado de demostrarle a Nathan lo independiente que era, pero también necesitaba demostrárselo a sí misma. Y durante una larga temporada había funcionado. Sus amigas opinaban lo contrario, aunque ahora lo veía todo más claro: se había dejado llevar.

Como era costumbre cuando algo importante ocurría en su vida, no dudó en llamar a sus amigas. En cada una de ellas encontraba un apoyo diferente, se complementaban. Las tres juntas eran una fuerza demoledora, capaz de acabar con cualquier

pensamiento negativo. Y lo que necesitaba en ese momento era un buen chute de energía.

Fue incapaz de contactar con Jocelyn, así que dejó en manos de Maiah que las dos estuvieran en su puerta en cuestión de minutos. Al final tardaron más de lo esperado, pues Jocelyn no se encontraba del todo bien.

—¡Voy! —dijo la señora Comelloso en cuanto las amigas de su hija llamaron al timbre.

Abrió la puerta y no pudo reprimir una sonrisa, aunque en sus ojos también había sorpresa. Rápidamente le echó un vistazo a su muñeca, donde portaba un reloj plateado que le quedaba perfecto, para comprobar la hora que era. Su cara de sorpresa se acrecentó aún más.

—Bueno, veo que venís para quedaros —comentó al levantar la cabeza, mirando las manos de Maiah y Jocelyn. Iban cargadas de bolsas del supermercado de la gasolinera, que reboaban de bebidas, chuches y patatas. También llevaban sus mochilas del instituto a la espalda, pero, en vez de libros, dentro estaban los pijamas.

La madre de Catherine, Sarah Comelloso, era una mujer muy alta. Cuando hablaba con Maiah, esta tenía que mirar hacia arriba. Ninguna de las dos amigas había visto a la señora Comelloso en pijama, pues no solían acudir a esas horas a su casa. Por lo general era Catherine quien salía o quedaban en un punto intermedio, como la casa de Jocelyn, que era donde menos molestaban.

Pese a la sorpresa, Sarah las dejó entrar sin ningún reparo. Abrió más la puerta y extendió el brazo para indicar que podían pasar.

—Limpiaos los zapatos, anda —les dijo a las amigas, mientras señalaba una alfombrilla pegada a la escalera que conducía a la planta de arriba—. Supongo que sigue en su cuarto, lleva toda la tarde allí.

La señora Comelloso se encogió de hombros al decirlo.

—Siento venir a estas horas —se disculpó Jocelyn ante la visible molestia que causaban, pese a que Sarah se empeñase en ocultarlo.

—No os preocupéis, si estáis aquí es porque os necesita. —Sin embargo, su tono no parecía del todo sincero—. Ah, y no os acostéis muy tarde —avisó, al tiempo que se marchaba de vuelta al salón—: mañana empezáis las clases.

Maiah y Jocelyn asintieron y acto seguido subieron la escalera hacia la habitación de Catherine. Para ellas era una situación extraña, pero Cat debía de estar bastante mal para hacerles ir a su casa. La puerta de su habitación estaba cerrada, aunque no necesitaron llamar.

—No te preocupes, cariño —dijo Maiah en cuanto Catherine les abrió la puerta. Iba en pijama, con su pelo recogido en una coleta. La cara hinchada de tanto llorar, pero con determinación en los ojos. No estaba destrozada, para sorpresa de sus amigas.

Se fundieron en un abrazo. Las pesadas bolsas del supermercado golpeaban la espalda de Catherine mientras sus amigas la reconfortaban. Cuando se soltaron, Maiah y Jocelyn dejaron sus pertenencias de cualquier manera en el suelo.

La habitación de Catherine la definía bastante bien. El suelo estaba lleno de recortes, tijeras y una cantidad incontable de hilos de colores. El maniquí donde Catherine probaba los patrones estaba ya destrozado y descansaba en una esquina, esperando ser sustituido por uno en condiciones. Había bocetos de un vestido púrpura por todos lados. Los pósteres que decoraban las paredes llevaban años sin cambiarse, y en general la habitación era un caos. Catherine creía firmemente que el caos la ayudaba en su creatividad.

Se sentaron las tres en la cama doble situada en el centro del cuarto. Jocelyn miró la pantalla iluminada del móvil de su



amiga. Estaba llena de mensajes y llamadas perdidas de Nathan.

—¿No se cansa? —preguntó Jocelyn molesta.

Catherine negó con la cabeza.

—Son de antes, no las he borrado... —replicó con un hilo de voz. Se acercó al iPhone y eliminó todas las notificaciones.

Se sentó pegada a la pared, encima de las almohadas. Miró a sus amigas a los ojos y les agradeció que estuvieran allí. Aún no habían hablado directamente del tema, pero estar con ellas ya era suficiente para animarla.

Jocelyn McKenzie estaba sentada en una esquina de la cama, con la pierna derecha doblada. Su físico cumplía muchos estereotipos. No era especialmente guapa, aunque en conjunto era atractiva. Sabía sacarse partido y, gracias a los genes de su madre, era alta y rubia y, como decía ella, «nacida para ser admirada». El problema era que Jocelyn veía todo aquello como una chorrada, frases que su madre le decía para animarla a cumplir sus sueños frustrados. No le gustaba el papel que en teoría tenía que jugar. Jamás aceptó ser animadora, o salir con los chicos más populares solo por el hecho de serlo. Jocelyn no soportaba la idea de cumplir con lo que se esperaba de ella, le gustaba ser impredecible. A pesar de su empeño en tratar que la gente lo entendiera, cada vez era más complicado. Sobre todo con su madre.

Maiah Benson se había sentado al otro lado, un poco más cerca de Catherine. Era una chica menuda y por lo general pasaba bastante desapercibida, aunque lucía una cabellera pelirroja cuyos rizos destacaban siempre por encima de todo. Tenía la cara llena de pecas, su abuelo decía que eran constelaciones, y cada vez que estaba baja de ánimos recordaba aquellos cuentos que él le contaba todas las noches de verano, en los que era una elegida del universo para ha-

cer el bien en la Tierra. Ese recuerdo siempre la hacía sonreír como una niña.

—Cuéntanos —pidió Jocelyn, calmada al cabo de unos minutos de silencio.

Catherine aún no se había recuperado del todo. No lloraba, pero sus ojos seguían rojos, cansados. Los restos de las lágrimas brillaban con la luz artificial que provenía del techo y contrastaban con su piel oscura, parecían maquillaje con purpurina. En su interior, se agitaba un torrente de emociones difícil de identificar. Culpabilidad, hastío, fortaleza.

Maiah le cogió la mano para animarla a que se desahogara. Catherine suspiró y cerrando los ojos comenzó a contarles lo que había pasado.

—Nathan me ha llamado hace un rato. No me había hablado en todo el día y de hecho acababa de llegar de Atlanta de visitar a sus primos. Ni siquiera se había molestado en avisarme... Llevo sin saber de él varios días. —Hizo una pausa—. Ya os dije que no estábamos bien, que las cosas este verano se habían enfriado. Y más después de eso... Ya sabéis.

Ambas amigas asintieron, conocedoras de los problemas entre Catherine y Nathan desde hacía meses.

—Pues eso, que no estábamos del todo a gusto y siempre sentía que yo daba más de lo que él estaba dispuesto a darme. Sobre todo los últimos días, que ha estado más distante de lo normal. Y ya sabía que era algo que iba a terminar ocurriendo, así que me fui haciendo a la idea. Además, no estoy tan mal solo por eso.

—¿Por qué lloras entonces? —preguntó Maiah con genuina curiosidad, mientras se recogía el pelo en una coleta. Odiaba ver a sus amigas destrozadas y siempre trataba de reconfortarlas, aunque a veces notaba que metía el dedo en la llaga.

A juzgar por la reacción de su amiga, que suspiró sin más, aquel no era el caso. Maiah respiró tranquila.

—No es el qué, sino el cómo. Me ha dejado por teléfono. Con una llamada. Después de dos años y de toda la mierda que he tenido que tragar... ¿Os lo podéis creer?

Dejó que esa última frase se asentara en sus amigas antes de decir lo que verdaderamente le molestaba de todo el asunto. Para continuar, miró a Jocelyn, al otro lado de la cama. No se había movido. Vio algo raro en sus ojos. Catherine decidió ignorarlo por el momento, aunque se había dado cuenta de cómo el brazo de Jocelyn caía demasiado sobre su pierna derecha. Como si tapara algo. Como si ocultara algo.

—No quiero pensar mal, pero es que... En Atlanta vive Sheila.

Se respiraba cierta amenaza en el ambiente debido a la forma en la que Catherine había pronunciado aquel nombre. Como si fuera venenoso. En cuestión de segundos, focalizó la rabia contenida.

—¿Esa no es su ex? —preguntó Jocelyn.

Catherine asintió con la cabeza.

—Pues eso, no quiero pensar mal —dijo tajante—. Sería lo último ya... Le he perdonado tantas cosas, chicas. Tantas. Esto sería la gota que colma el vaso, lo tengo claro. Si llego a enterarme de que ha pasado algo, lo empotro contra la pared y...

Viendo que se estaba viniendo muy arriba, Maiah apretó la mano de su amiga y le sonrió tratando de calmarla. Catherine se calló al instante y, más tranquila, se reclinó hacia atrás. Al cabo de unos segundos, las tres amigas estaban tumbadas sobre la cama, cómplices una vez más. Catherine cerró los ojos antes de murmurar:

—Gracias por venir.

Ninguna de sus amigas dijo nada durante los siguientes minutos. Eran ellas, juntas. Con eso bastaba para que Catherine recuperase la energía perdida por aquel imbécil en las últimas horas. La calma se vio interrumpida por el sonido de

una bolsa de plástico y unas uñas repiqueteando sobre una lata.

—Vamos a comer un poco, anda —anunció Jocelyn. Fue la primera en abrir una bolsa de patatas y llevarse un puñado a la boca. Maiah besó en la mejilla a Catherine antes de incorporarse.

—¿Al final hemos cogido los...? Ay, menos mal. —Maiah sonrió mientras agarraba una bolsa de su picoteo favorito.

Catherine aún seguía tumbada en la cama, sonriendo. Sentía que de alguna forma se había quitado un peso de encima. Una extraña mezcla de tristeza y liberación. En aquel momento, con sus amigas charlando a su lado sobre los nuevos tipos de Cheetos, mientras miraba el techo con una sonrisa en la boca, no echaba en falta a Nathan. O como mínimo, no echaba de menos su recuerdo. Pocos buenos le venían a la mente, y eso era señal inequívoca de que las cosas no habían ido bien últimamente.

—Escuchadme, chicas —dijo, más por acallar sus pensamientos que por querer hablar.

Se incorporó y miró a sus amigas a los ojos. Robó un par de patatas de la bolsa de Maiah y agarró una lata de cerveza antes de continuar.

—¿Soy mala persona si no me siento del todo mal? —preguntó Catherine.

Maiah tragó con mucho ruido el ganchito que estaba comiendo y que le estaba dejando las manos de color naranja.

—¿A qué te refieres?

Catherine no contestó. Le encantaba hacerse la interesante, con dramáticas pausas en sus discursos o historias. Por eso siempre sacaba tan buenas notas en las exposiciones orales del instituto. Al cabo de unos segundos dijo:

—No sé, a sentirme libre.

Hubo un momento de silencio, ni siquiera bebieron o co-

mieron. Jocelyn se quedó pensando en sus experiencias pasadas, ya que, al fin y al cabo, de las tres chicas de aquella habitación era la única con el bagaje suficiente como para dar consejos. Siempre tenía la respuesta perfecta para sus amigas.

—No es que seas mala persona, es solo que en realidad Nathan te ahogaba.

Catherine abrió mucho los ojos mientras bebía un trago de la lata, esperando a que Jocelyn continuara. Pero como no lo hizo, tuvo que insistir.

—¿Me ahogaba?

—Qué exagerada eres... —comentó Maiah.

—Lo digo en serio. —Jocelyn se incorporó un poco, aunque mantenía la pierna derecha doblada—. A ver, has dejado de hacer un montón de cosas solo por estar con él. Y eso significa que te retenía..., vamos, que no te dejaba ser quien eras al ciento por ciento.

Hizo una pausa, con los ojos muy abiertos, esperando a que Catherine entendiera a qué se refería. En ese momento, el móvil de Maiah vibró, pero ella decidió ignorarlo. Ya le echaría un vistazo después, seguro que no era importante.

—¿No te acuerdas de cuando quisiste venir con nosotras ese fin de semana que fuimos a la nieve? —Catherine asintió en silencio—. Bueno, pues no viniste porque Nathan tenía un partido o no sé qué narices. Y lo peor de todo es que ni siquiera era incompatible con lo que nosotras íbamos a hacer.

—Además de que luego se fue con sus amigos de fiesta... —añadió Catherine. Le venían recuerdos muy feos de Nathan hacia ella. Odiaba darse cuenta de que llevaba dos años encerrada en una relación en la que se arrastraba demasiado por un chico que demostraba continuamente que no la apreciaba.

Maiah chasqueó los dedos con energía.

—¡Ahí lo tienes! El otro día leí en un artículo de *BuzzFeed* que a eso se le llama *relación tóxica*.

—Si es que luego yo me arrepentí de haberme quedado, chicas —confesó Catherine, ignorando el apunte de su pelirroja amiga—. Lo que pasa es que a veces prefería quedarme aquí y estar con él. Con tal de evitar problemas, ya sabéis.

Las bolsas de patatas estaban ya casi vacías. Era tarde y el hambre había hecho acto de presencia.

—Mira, lo que tienes que hacer ahora es borrar su número de teléfono. Eso es esencial. —Maiah agarró el iPhone de Catherine y lo dejó en la mano de su dueña. Ella lo recibió con mala gana, pero tras un suspiro lo desbloqueó. En el fondo sabía que era por su bien.

Antes de borrar el contacto, Jocelyn la interrumpió.

—¡Para! ¡Esto tiene que quedar inmortalizado! —Sacó su móvil y con Snapchat grabó a su amiga borrando el número.

—¡Por los peores novios del mundo! —gritó Maiah, alzando su lata de cerveza.

—¡Por los peores novios del mundo! —repitieron Catherine y Jocelyn entre risas.

Al cabo de unas horas, Maiah volvía del cuarto de baño procurando hacer el menor ruido posible. No quería despertar a la familia Comelloso. Llevaba en su mano el móvil y de pronto recordó el mensaje que había ignorado hacía unas horas. Lo desbloqueó y decidió ver de qué se trataba antes de entrar de nuevo en la habitación, donde Jocelyn y Catherine estaban ya durmiendo.

No estaba preparada para lo que vio. Era él de nuevo. Un mensaje desde un número oculto. No podía ver el contenido del mensaje sin meterse en la aplicación porque se trataba de una foto. Trató de reunir el valor suficiente para abrirlo, aunque sabía que no era capaz de reaccionar, de enfrentarse a él. Estuvo un rato con el móvil en la mano, viendo cómo la hora

del teléfono iba cambiando con el paso de los minutos. Con lágrimas en los ojos decidió enfrentarse a ello por la mañana. Quizá era el momento de compartirlo con sus amigas, luchar contra quien fuera aquel sinvergüenza. Tenía sus dudas, tan solo tenía que confirmar de quién se trataba.

Abrió la puerta de la habitación. Sus amigas estaban profundamente dormidas sobre la cama, por lo que se hizo un hueco junto a ellas y cerró los ojos, algo más tranquila con las dos a su lado. Sabía que iba a ser una noche dura por culpa de ese maldito mensaje.

Tan solo pensar en lo que podría ser esa foto le producía pesadillas.

Al poco tiempo de cerrar los ojos, Maiah soñaba que se iba a vivir con su abuelo al campo. Dejaba atrás su vida tal y como la conocía, el instituto, las tiendas... Lo único que continuaría con ella para siempre serían sus amigas, a las que había hecho prometer que la visitarían todos los fines de semana.

El abuelo, un hombre pequeño con el pelo blanco y el gesto afable, conducía una furgoneta llena de abolladuras en la que las maletas de Maiah se desplazaban de un lado a otro, golpeándose debido al mal estado de la carretera. Al llegar a casa de su abuelo, las maletas habían desaparecido y el maletero mostraba trozos calcinados de su ropa y sus libros favoritos.

En su sueño, Maiah se encaminaba entonces llena de rabia hacia su nueva habitación. Llamaba a su madre pese a no marcar nada en su teléfono, que tenía la pantalla encendida. «¡Quiero irme de aquí!», le gritaba a su madre, que, por supuesto, era incapaz de oírla. Su nueva habitación era exactamente igual que la anterior. La única diferencia era que el suelo estaba lleno de serrín y los muebles hechos de una madera astillada que amenazaba con clavarse en la piel al mínimo descuido. Olía a cuadra y la ventana no tenía cristal, solo una sucia cortina que evitaba que entrase la luz del sol.

Harta de la situación, decidía salir fuera, a gritar y desahogarse. Buscaba a su abuelo mientras golpeaba lo primero que veía, pero tanto él como la furgoneta habían desaparecido. Encontró algunos cerdos fuera de la pocilga y las gallinas y las vacas campaban a sus anchas por el campo, sin siquiera fijarse en Maiah. Nada tenía sentido. Cuando miró hacia el otro lado de la carretera, vio a su abuelo meterse en la cabaña de los utensilios. Recordaba haber ido alguna vez de pequeña y quedarse fascinada por las maravillas que la luz del sol hacía al entrar entre los recovecos de las maderas.

Cruzó la carretera en dirección a la cabaña y, aunque tardó unos minutos en llegar, cuando lo hizo no estaba cansada. Lo que sí notó fue el frío, por lo que entró de forma apresurada a resguardarse.

Dentro no había ni rastro del abuelo. De hecho, tampoco había ni rastro de los utensilios. Y Maiah se rio ante aquella ironía. ¿Qué era una cabaña de utensilios sin utensilios? Cuando se decidió a empezar a buscar a su abuelo, apareció una luz y todo se difuminó hasta desaparecer.

Jocelyn había sido la segunda en dormirse. Antes de acostarse junto a sus amigas, necesitaba fumarse su cigarrillo de rigor. Como dentro de la casa de los Comelloso no se fumaba, tuvo que bajar al jardín trasero. Lo hizo con cuidado, iluminando el pasillo con la linterna del móvil. No quería despertar a los padres y a la hermana de su amiga, por lo que bajó la escalera y caminó por el salón de puntillas y sin hacer ni un ruido.

Al llegar al jardín pasó más tiempo mirando sus heridas que fumando. De hecho, no fue capaz de terminarse el cigarrillo. Estaba pensando demasiado en lo que le había pasado. No tener ni un mínimo recuerdo la hacía sentirse vacía. Además, no dejaba de darle vueltas al hecho de que había estado a cen-



tímetros de sus amigas. ¿Habrían visto sus heridas? Esperaba que no, o tendría mucho que explicar.

Lo peor de todo era que de vez en cuando le venía a la mente aquella mirada. Cuando cerraba los ojos, por ejemplo. Le asustaba encontrársela, le perturbaba. Había algo que le decía que estaba relacionado con el episodio de aquella noche en que se despertó en medio del bosque. ¿Quizá un ladrón había entrado en su casa y la había golpeado? Aunque eso no explicaba por qué estaba en el bosque... Sacudió la cabeza para ahuyentar esos pensamientos y decidió volver a la cama y tratar de dormir. Cayó rendida en cuanto su cabeza tocó la almohada.

Los días en los que sufría episodios como el de aquella noche estaba realmente cansada. Y, cómo no, sus sueños se convertían en pesadillas.

Jocelyn se puso a temblar en cuanto vio el cuerpo de su madre en el suelo. Su cuello se retorció en una extraña posición y no parecía respirar. Presa del pánico, Jocelyn era incapaz de moverse, gritar o llamar a su padre, que estaba en el piso de arriba dándose una ducha. De repente la señora Mckenzie abrió los ojos.

Jocelyn dio unos pasos hacia atrás, retrocediendo de manera involuntaria. Tras varios segundos, su pie dejó de encontrar suelo allí donde la escalera daba comienzo. Jocelyn empezó a caer por la escalera mientras trataba de agarrarse a cualquier saliente o barrote, pero era imposible parar. Y lo era porque nunca terminaba, era una caída infinita.

Cuando por fin una superficie apareció bajo sus pies, Jocelyn tropezó mareada y se golpeó con una brutal dureza; creyó que se había roto el cuello. Cayó del mismo modo que su madre, aunque ella era capaz de respirar. Se quedó muy quieta, con los ojos cerrados. Oyó entonces unos pasos que se aproximaban por el lado izquierdo. Fuera quien fuese, se acercó

tanto a Jocelyn que esta tuvo miedo de que la pisaran, por lo que abrió los ojos para descubrir la identidad de aquella persona.

—Levanta —dijo su madre.

La señora Mckenzie miraba a su hija con los brazos en jarras, aunque con el cuello totalmente torcido. Horrorizada, Jocelyn se levantó a duras penas. Su madre seguía imperturbable, con una mirada de reprobación en la cara, sin moverse. No podía dejar de mirar su cabeza en aquel extraño ángulo.

Jocelyn cayó de nuevo por una escalera, aunque esta vez el descenso fue de menor duración. Al llegar al final, todo estaba oscuro, exceptuando una fuente de luz al final de la estancia.

Catherine fue la primera en caer dormida. Y era normal, había vivido una tarde intensa. Los sueños empezaron a inundar su mente. En su sueño, había decidido no ir al instituto aquella mañana. Debido al horario de ese día, quedarse a cuidar de su hermana pequeña era un plan mejor que ir a clase. Además, la señora Comelloso tenía que hacer unas gestiones en el centro.

Catherine y su hermana estaban en la cocina. Ella dibujaba en un papel a un chico y una chica con distintos colores. Sin embargo, no había diferencia entre ellos más allá de los tonos utilizados. Catherine lo sabía porque eran los dibujos que ella le dejaba hacer cuando sus padres no miraban. Era su secreto.

Su hermana se levantó de pronto y abandonó la estancia. Catherine no prestó mayor atención; las fotos de Instagram de sus amigos de clase eran mejor entretenimiento. Sin embargo, al ver que no volvía, a los pocos minutos se levantó preocupada, pues tampoco había ningún ruido en la casa que determinase dónde estaba.

La casa de Catherine había sufrido un increíble cambio, ya

que detrás de cada puerta que abría había una estancia totalmente desconocida. Las estancias estaban llenas de portales y espejos, nunca ventanas.

Catherine sintió que llevaba horas buscando a su hermana, abriendo centenares de puertas, pero no era capaz de saber dónde estaba. Finalmente llegó a una habitación con una trampilla en el techo. Decidió abrirla. Cuando subió, se encontró con la luz del sol, que entraba por una ventana.

Al asomarse para ver si su hermana estaba en el jardín, descubrió unas vistas aéreas de su cuarto, como si aquella ventana fuera un observatorio de su rutina diaria. Se asustó tanto que comenzó a correr en sentido contrario, y se sorprendió al ver que ya no quedaba ni rastro de la trampilla del suelo. Se volvió para mirar de nuevo la ventana y si era posible salir por ahí, pero también había desaparecido.

En la más absoluta oscuridad, una luz comenzó a surgir a lo lejos.

Las tres, cada una en su sueño, se acercaron con cuidado hacia la luz. Parecía provenir del suelo. Era muy potente. Tanto, que temían quedarse ciegas si la miraban directamente. Todas tenían la sensación de que la luz no se acercaba por mucho que ellas se dirigieran hacia ella. Entonces se dieron cuenta de que esta iluminaba algo que hasta entonces habían ignorado.

Un joven les daba la espalda. El foco de luz dejaba entrever que no llevaba camiseta y que sus músculos estaban en tensión. Oyeron que murmuraba algo, aunque era inaudible desde la distancia a la que se encontraban.

Al final, las tres se acercaron a él tras unos instantes de duda. Estaban lo bastante cerca como para tocarle, pero decidieron no hacerlo. Había algo peligroso en todo aquello, aunque no sabían qué.

El joven, al ver que no era tocado, dejó de estar tenso y de suspirar. Las palabras que dijo a continuación se quedarían en la memoria de las tres amigas para siempre. Su voz era ronca, y esta vez la oyeron a la perfección.

—Cuidado. Ya vienen.

Jocelyn, Maiah y Catherine se despertaron a la vez. Pese a haberse acostado a horas diferentes, y cada una estar agitada por un motivo distinto, aquello les hizo abrir los ojos justo en el mismo instante. Las tres sudaban copiosamente. Sus corazones latían con fuerza. Sin embargo, demasiado asustadas para hablar, ninguna dijo nada.

Maiah disimuló que estaba despierta tosiendo y cambiando un poco la postura del cuerpo. Jocelyn agarró la botella de agua y, mientras bebía, miró de reojo a Catherine, que también se movía. Hablar de lo que habían soñado significaba mostrar parte de sus mayores temores camuflados en pesadillas. Y ninguna estaba dispuesta a hacerlo.

A los pocos minutos, las tres trataban de dormir. No tuvieron más pesadillas el resto de la noche.